

PRT OPINA NACIONAL

LO QUE SE VA Y LO QUE LLEGA

El capitalismo atraviesa una etapa de profundos cambios políticos y sociales. La crisis de superproducción capitalista está enmarcada por el enfrentamiento global entre el decadente imperialismo “made in USA” y el ascenso de un nuevo orden multipolar impulsado por los países de los BRICS. Mientras Biden y las viejas potencias coloniales europeas se resisten a perder su hegemonía, los BRICS expanden su influencia. La lucha por el reparto del mundo y el surgimiento de nuevas relaciones comerciales y políticas agudizan los conflictos en el planeta. En ese sentido, la burguesía financiera descarga el peso de su crisis sobre el proletariado mundial.

Con artimañas y apelando al odio y el desencanto de las masas empobrecidas por los gobiernos democráticos burgueses, el fascismo, representante de los intereses del capital financiero, ha logrado erigirse en gobierno. Los ejemplos de Trump en Estados Unidos, Bolsonaro en Brasil y Georgia Meloni en Italia, por citar algunos casos, expresan el auge y resurgimiento del fascismo a nivel mundial.

Como alertamos y denunciemos incansablemente, se hizo realidad el peligro que significaba un gobierno fascista elegido en las urnas.

Quienes avisamos, no traicionamos sino que, por el contrario, comprendimos perfectamente el cambio de situación que se avecinaba para nuestra clase. Como tantos otros, distinguimos las diferencias existentes entre un movimiento reformista de masas, que alberga en su seno a una gran parte de trabajadores, desocupados y otros sectores sociales, de un movimiento fascista encabezado por la burguesía más rancia y conservadora del país.

El fascismo libertario no es igual al peronismo pues sendas expresiones políticas parten de concepciones diferentes, mal que les pese a quienes analizan desde la vaga generalidad de que “todos son lo mismo”. Es nuestra obligación marcar esa errónea caracterización. Para ello es necesario considerar con profundidad el origen y desarrollo de ambos proyectos políticos en la historia del país para comprender con exactitud los dos fenómenos.

En primer lugar, la nueva casta de gobierno integrada por Milei, Villarroel, Bullrich y Macri es la descendencia directa de la alianza política y financiera de la burguesía terrateniente más concentrada con el capital internacional occidental y el Partido Militar, expresión política de esa asociación que, en las sucesivas dictaduras militares, concentró los intereses de la banca privada, los grandes latifundistas y los exportadores de materias primas. La famosa frase “Argentina, granero del mundo” sintetizó el tipo de país que la clase dominante eligió para someter al resto del pueblo imponiéndole un modelo productivo agoexportador atado a las necesidades de las grandes metrópolis. A lo largo del tiempo, ese proyecto se sostuvo atacando y recortando los avances de nuestro pueblo mediante golpes militares y gobiernos “democráticos” sin cambios profundos.

Una de las características fundamentales del sector hegemónico de la burguesía agrupada en el Partido Militar es su profundo odio hacia los trabajadores y el campo popular. En nuestra historia, ese odio se ha visto materializado tanto en la masacre de miles de peones rurales de la Patagonia Rebelde, como en la de los obreros de la Semana Trágica y, después, en la desaparición y asesinato de los mejores hijos de nuestro pueblo durante la última dictadura militar. Ese odio también se expresa en su reaccionario antiperonismo que ha impregnado a otras capas de la sociedad.

En ese sentido, Milei y Macri, renovadores directos del Partido Militar, también heredaron las prácticas y la sed revanchista de sus antepasados. La comparación despectiva del hombre de las mil causas penales, Mauricio Macri, tildando de “orcos” a los pobres, es un claro ejemplo de lo que afirmamos: los que antes eran los cabecitas negras, hoy son los “orcos”.

Por otra parte, en el contexto marcado por la Segunda Guerra mundial, el peronismo nació como una alianza entre un sector de la burguesía industrial en desarrollo y un sector del movimiento obrero, por ende, el peronismo fue un proyecto político de conciliación de clases, una alianza entre el capital y el trabajo, absolutamente conveniente para la clase dominante. Fue la expresión del reformismo propuesto por ese sector de la burguesía a través del estado para desarrollar un modelo económico basado en la industrialización y, así, contener el auge y el crecimiento de la conciencia y la lucha revolucionaria de los trabajadores en nuestro país.

El peronismo, como movimiento policlasista, tuvo y tiene varias características: por un lado, la base obrera y popular que le imprimió su carácter antiimperialista, combativo, su sentido de pertenencia e identificación con un país soberano liberado del yugo del capital extranjero y su profunda convicción de garantizar la protección social de los más desfavorecidos. Sin embargo, los trabajadores, columna vertebral del movimiento peronista, cedieron la dirección política y económica a la facción minoritaria burguesa lo cual, a lo largo de la historia, le permitió a la clase dominante contener el desarrollo revolucionario de las masas y ser el gobierno de recambio institucional sin poner en cuestionamiento la dominación capitalista. Aún cuando garantizó los intereses de la clase en el poder y aplicó las políticas de ajuste por todos conocidas, el peronismo también supo readaptarse y mantener parte de su base de apoyo social en las distintas etapas de crisis de representatividad política desde la restauración de la democracia burguesa.

En grandes rasgos, hemos intentado explicar la constitución y evolución del fascismo libertario y del peronismo. Como hemos visto, hay profundas diferencias entre sus concepciones, producto de las clases en pugna que integran ambos partidos. Por eso, en la coyuntura actual, quienes caracterizaron a la Libertad Avanza y a Unión por la Patria como más de lo mismo cometieron un grave error porque no tomaron en cuenta las relaciones de fuerzas actuales. Quienes anclados en sus principios, en sus pruritos ideológicos y en un marcado anti peronismo decidieron no combatir al fascismo en las elecciones, escudándose en la neutralidad o la independencia de clase, hoy, se lamentan

por haber regalado el flanco al enemigo. No entendieron que lo que estaba en juego en las pasadas elecciones eran las condiciones en que íbamos a tener que enfrentar a la clase dominante. Para el campo popular no era lo mismo elegir, tácticamente, luchar contra un movimiento policlasista presionado por sus propias bases, que enfrentar a un grupo de fascistas que odian a los trabajadores y a los pobres. No distinguir al enemigo principal y no exponerlo ante las masas fue una decisión equivocada. Los que hoy se arrancan las vestiduras por el triunfo de Milei, se llamaron a silencio cuando había que dar batalla. A quien le quepa el sayo que se lo ponga...

El triunfo del leoncito libertario es el resultado del enorme hastío de la población ante la situación económica. La subida constante de precios, los salarios devaluados, el aumento de la pobreza y la precariedad que sufrimos millones de argentinos fueron las razones materiales de la victoria de los fascistas. En ese aspecto, la dirigencia del gobierno del Frente de Todos fue el principal responsable político de su fracaso y de su derrota. Ni Cristina ni el impresentable Alberto Fernández ni el ministro Sergio Massa resolvieron ninguno de los problemas de los miles de trabajadores, desocupados y jóvenes precarizados que habitan el país. Nuestro pueblo votó contra una gestión peronista que no supo ni quiso mejorar la situación en favor de los más débiles.

Por más que se escondan y se hagan los desentendidos, tanto la vicepresidenta Cristina Fernández, como el presidente Alberto y el ministro Sergio Massa deben rendirles cuentas a sus propias bases. Enfrascados en sus luchas internas de poder, los tres máximos dirigentes de la alianza peronista son los responsables directos del naufragio de Unión por la Patria.

Sin consultar a sus bases, Cristina eligió con el dedo al vacilante Alberto Fernández, permitiéndole hacer el desastre que hizo. Y, cuatro años después, también fue ella quien impuso, para las últimas elecciones, al impopular y aborrecido Massa a esas mismas bases peronistas que lo aceptaron cuestionando la decisión por lo bajo. La jefa espiritual del movimiento es una de las artífices del descalabro actual del peronismo ante el pavor de sus seguidores. Por su parte, el presidente saliente también tiene mucha responsabilidad por la situación actual: el impresentable Alberto eligió hambrearnos pagándole la deuda al FMI mientras nuestro pueblo no llegaba a fin de mes. Se olvidó de gestionar en favor de la columna vertebral del movimiento por lo cual, poco a poco, los trabajadores le fueron dando la espalda. Sus vacilaciones y retrocesos políticos alimentaron la bronca de amplios sectores sociales a la vez que aumentaba la fuerza de la oposición durante la pandemia. Fue un presidente inepto que perdió la gobernabilidad golpeado por los monopolios financieros y productivos a los que, paradójicamente, benefició. Por último, el exministro Massa también fue el creador de su propia derrota pues sostuvo un plan económico basado en el ajuste sin ninguna mejora sustancial para los trabajadores y los más necesitados. En un país con más del 40% de pobres y una inflación indetenible, muchos decidieron no elegir a un candidato que era el ministro del HAMBRE. Calculó muy mal la enorme desazón que existía contra el gobierno y demasiado tarde quiso revertir su imagen negativa. Toda esta suerte de factores y la subestimación de la dirigencia

peronista hacia las masas, permitieron que el discurso incendiario de Javier Milei se hiciera realidad.

Por otro lado, creemos que los sectores más lúcidos y conscientes de las bases peronistas deben reflexionar críticamente sobre la falta de cuestionamientos y enfrentamiento a las decisiones de sus dirigentes que aplican políticas contrarias a sus intereses y llevan a las masas a callejones sin salida.

Aunque muy pocos lo quieran reconocer, la realidad es que las políticas de los dirigentes burgueses de Unión por la Patria terminaron siendo tan funcionales a la clase dominante que hasta diluyeron lo que antes caracterizó al peronismo: la conciliación de dos clases en pugna, cuyos intereses son antagónicos y excluyentes. En este contexto, la derrota electoral del peronismo deja abandonada a sus bases obreras y populares al disciplinamiento social que querrá imponer el nuevo gobierno supuestamente libertario. El nuevo gobierno aún no asume y sin embargo las peleas internas por el reparto de cargos y ministerios son la comida de la prensa amarillista. Las distintas facciones del nuevo gobierno fascista están disputándose ferozmente el control de las áreas de poder y negocios del Estado. En último término, son la expresión política de la lucha interburguesa de la clase dominante. Los libertarios, los halcones de Bullrich, los macristas, los herederos de Menem y Bussi, los peronistas conservadores y federales y los gobernadores radicales son los integrantes de la bolsa de gatos que intentará gobernar el país, una perspectiva bastante alarmante para la estabilidad que necesita la propia clase dominante si tomamos en cuenta las experiencias de las coaliciones de gobiernos anteriores.

Por ahora, la burguesía local asociada al capital norteamericano imperialista se relame pensando en cuántos beneficios y ganancias puede llegar a obtener con Milei y compañía. Los sectores patronales intentarán pasar a la ofensiva con reformas y ajustes sobre los trabajadores y el pueblo. Los dueños del poder quieren una parte mayor del botín y cada sector intenta sacar su tajada. Los monopolios de la alimentación y los sectores productivos ya se lanzaron a la caza de mayor rentabilidad aumentando los precios de sus productos. Las grandes fábricas automotrices, como Toyota y otras, están promoviendo los retiros voluntarios y modificando las negociaciones salariales de sus obreros. Los bancos especulan con las viejas y nuevas deudas de los bonos estatales y la cotización del dólar, mientras intentan evitar la salida de ahorristas de los plazos fijos. Los nuevos gobernadores oficialistas abren el paraguas ante la imposibilidad de pagar aguinaldos y financiar obras públicas sin ayuda de los fondos nacionales. Los gobernadores peronistas, por su parte, se despegan todo cuanto pueden y hacen guiños en clave presupuestaria al futuro gobierno.

El gobierno libertario es el gobierno de la casta dueña del país. Sin embargo, su gobernabilidad puede ser condicionada por la presión del pueblo que confió en el loco de la motosierra. Sus votantes son los más impacientes en ver cambios rápidos y soluciones mágicas de parte del gobierno fascista. En la medida en que la nueva gestión no pueda

satisfacer esas demandas, pulverizará el 55%, en menos de lo que canta un gallo, el apoyo obtenido en las elecciones.

Todo está por verse, aunque las últimas declaraciones del líder “libertario” hacen presagiar que su plan no difiere en lo más mínimo de lo que vivimos bajo el menemismo, el macrismo y, yendo hacia atrás en la historia, el Rodrigazo del gobierno de María Estela Martínez de Perón y el cabecilla visible de la Triple A, López Rega. Posibles privatizaciones, reformas laborales y jubilatorias, destrucción del empleo público, recortes presupuestarios y una batería de recetas que ya enfrentamos anteriormente. Los trabajadores y el pueblo podemos estar seguros de que intentarán recortar nuestros derechos y conquistas sociales. Por eso, debemos confiar plenamente en nuestras fuerzas para frenarlos en seco.

Estos serán los gobiernos que tendremos hasta la toma del poder, por ende, debemos actuar con mucha calma e inteligencia, sin desesperación y confiando en la experiencia y capacidad organizativa de nuestro pueblo. No será la primera ni la última batalla contra nuestro enemigo de clase. Para combatir y derrotar al fascismo de Milei debemos apostar a la unidad de todos los sectores populares: en épocas de avance de un enemigo común, voraz y represivo no podemos ni debemos darnos el lujo de hilar finito. Todos seremos necesarios para enfrentar otro ajuste que no hará distinciones de color político: VIENEN POR TODOS NOSOTROS, SIN EXCEPCIONES.

Tenemos que caracterizar con precisión las limitaciones y debilidades actuales de la clase dominante para ser hábiles y golpear sin exponernos innecesariamente, pero entendiendo claramente que la resistencia debe ser ACTIVA y no esperando que otros hagan por nosotros. En la lucha contra la nueva expresión del Partido Militar y sus asociados aprenderemos a templar las fuerzas necesarias para el desarrollo de nuestra unidad y nuestra organización. Preparados y organizados no seremos derrotados.

- NO AL PAGO DE LA DEUDA EXTERNA**
- DEFENSA DE TODOS LOS PUESTOS DE TRABAJO**
- DEFENSA DE LAS EMPRESAS ESTATALES**
- DEFENSA DE LAS JUBILACIONES Y PENSIONES ´**
- DEFENSA DE LA EDUCACIÓN Y LA SALUD PÚBLICAS**